



XVI
Congreso Nacional de
Investigación Educativa
CNIE-2021

El impacto de la violencia en la experiencia de las y los estudiantes de la UNAM

Marcela Meneses Reyes

Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México
marcela.meneses@sociales.unam.mx

Leticia Pogliaghi

Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, Universidad Nacional Autónoma de México
lepog@unam.mx

Área temática 15. Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas.

Línea temática: Narco violencia y los contextos violentos.

Tipo de ponencia: Reportes parciales o finales de investigación.



Resumen

La presente ponencia explica el impacto que tiene la violencia en la experiencia de las y los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sostenemos que la violencia es enseñada, aprendida, subjetivada, significada, dotada de sentido por los sujetos como parte de un contexto social mayor que el escolar y de un devenir histórico que la ha instalado durante la época reciente como una de las mayores problemáticas en México, donde la escuela no es la excepción. En ese marco de ideas, advertimos que las y los jóvenes estudiantes de nivel medio superior y superior no se ubican como víctimas pasivas, sino que despliegan una serie de estrategias para actuar, resistirse u oponerse a la violencia a través de acciones individuales, grupales y/o colectivas que procuran el autocuidado, el hacerse de rutinas para sostener su vida cotidiana o la transformación de las situaciones escolares y de la misma institución. El análisis y reflexiones que se presentan son resultado de la puesta en común de dos proyectos de investigación cualitativa desarrollados por las autoras. El material empírico que les da sustento fue obtenido a partir de la aplicación de entrevistas, grupos de enfoque, diálogos informales, observación participante y no participante entre 2018 y 2020 en la Universidad mencionada.

Palabras clave: *violencia, seguridad, experiencia estudiantil, UNAM.*

Introducción

En las últimas décadas, México ha visto incrementar la violencia presente en las diferentes esferas de la vida social a niveles inimaginables, producto de las crisis económicas, el debilitamiento del Estado garante de derechos políticos y sociales y el fortalecimiento de otros actores en la toma de decisiones amparados por la complicidad institucional. La violencia estructural se ha ido filtrando en las diferentes capas de relación y organización social, llegando a convertirse en un elemento de socialización, en una de entre otras formas de vínculo, en un código de enseñanza y aprendizaje transmitido inter e intra generacionalmente para vivir y sobrevivir.

Las y los jóvenes estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) forman parte de una generación formada y socializada en este contexto de violencia, por lo cual ésta es muchas veces normalizada. No obstante, en la Universidad que había sido considerada como espacio pacífico -que, aunque aquella estuviera presente, no se la apreciaba como “grave”-, comenzaron a identificarse relaciones sociales mediadas por la violencia, hasta volverse cotidiana y constitutiva de la experiencia estudiantil.

En este marco de situación, explicaremos cómo impacta la violencia en la experiencia estudiantil y cuál es la posición del estudiantado de la Universidad frente a ella. Daremos cuenta de las rutinas de cuidado (Álvarez & Auyero, 2014) que practican para eludir, denunciar y enfrentar la violencia cotidiana.

El análisis y reflexiones que se presentan en este trabajo son resultado de la puesta en común de los resultados de dos proyectos de investigación cualitativa desarrollados por las autoras. El material empírico que les da sustento fue obtenido a partir de entrevistas, grupos de enfoque y diálogos informales con jóvenes estudiantes de la UNAM, observación participante y no participante en espacios universitarios y acciones colectivas entre 2018 y 2020 y fue analizado a través del análisis cualitativo de contenido. Las entrevistas en profundidad se realizaron en las instalaciones e inmediaciones de las escuelas con estudiantes de ambos sexos, de los dos turnos de estudio, de diferentes planteles escolares de nivel bachillerato. Se realizaron 58 entrevistas individuales y 28 grupales, teniendo un total de 145 participantes. Los grupos focales involucraron a 46 estudiantes de cinco planteles del bachillerato en un espacio fuera de los planteles acondicionado para tal fin. Los 78 testimonios informales de estudiantes del nivel superior de distintas carreras y *campi* de la UNAM corresponden a estudiantes de ambos sexos y distintos turnos de estudio. Las observaciones se realizaron en áreas abiertas y salones de clase de los planteles de los niveles educativos; en eventos académicos y culturales; asambleas, movilizaciones, foros estudiantiles y paros. Se registraron en diario de campo 48 observaciones de cotidianidad escolar y 53 de acciones colectivas.

Desarrollo

Seguimos una línea de pensamiento que propone entender la violencia interpersonal no como anomalía o ente patógeno (Álvarez & Auyero, 2014; Bourgois, 2009) que destruye todo lo que cruza, sino como acción social dotada de sentido, relacional, situacional, culturalmente construida, estructuralmente condicionada, y a la vez sujeta a transformaciones dado que las personas tienen la capacidad de producirla, reproducirla, cuestionarla, evadirla, evitarla, resistirla u oponerse a ella en determinadas condiciones de posibilidad. No es propia ni esencial de un sujeto o espacio, y tampoco es estática e inmutable. Desde esta perspectiva, entonces, es posible comprender su presencia en las interacciones entre los actores y espacios escolares, las distintas formas que va adquiriendo y cómo se va transformando.

Por otro lado, la violencia interpersonal se ha conformado como una herramienta que se enseña y aprende (Auyero & Berti, 2013) durante el proceso de socialización, que se transmite inter e intra generacionalmente y puede practicarse con fines de autoprotección y sobrevivencia (Anderson, 2000; Meneses Reyes, 2020) ante la ausencia, repliegue o acción selectiva de otros referentes de autoridad, protección y seguridad. Además, si bien está anclada estructural y culturalmente, es subjetivada y experimentada por quienes la padecen, la producen y/o reproducen. Es esta experiencia subjetiva de la violencia la que permite explicar por qué es a veces entendida como parte del orden natural -o normal- de las cosas y algunas otras como el agravio que orienta la acción para actuar la violencia, resistirla y/u oponérsele.

En este sentido, la noción de experiencia (Dubet, 2010) es adoptada como concepto mediador entre el orden estructural de la violencia y la capacidad de agencia de las y los jóvenes estudiantes en tanto sujetos de la experiencia (Guzmán Gómez & Saucedo Ramos, 2015). En un trabajo previo (Pogliaghi & Meneses Reyes, 2018) propusimos analizar a los sujetos desde su experiencia en la escuela considerando a la vez sus contextos familiares, sociales, económicos y culturales, en tanto campos de construcción de subjetividad que influyen en su construcción de sentidos, significados y experiencias. A esos campos, no podemos dejar de considerar el de la violencia en el que crecieron y se socializaron las y los estudiantes como condicionante de su experiencia juvenil y estudiantil.

Bajo estos supuestos, nos preguntamos ¿cómo es la experiencia de la violencia del estudiantado de la UNAM? y ¿qué estrategias despliegan para enfrentarla, resistirla y/o reproducirla para poder continuar con su vida cotidiana?

En la Universidad, la violencia se presenta de múltiples maneras, desde microviolencias que a veces pasan desapercibidas, hasta otras más espectaculares desplegadas, por ejemplo, por grupos de choque. De hecho, la violencia junto con la inseguridad, son consideradas las problemáticas más importantes para el estudiantado, como puede apreciarse en estos testimonios:

e: *¿Cuáles son los problemas más graves que ven aquí en CCH Vallejo?*

E1: La inseguridad.

E2: Sí.

E3: Comparto.

(Estudiantes mujeres y varón, CCH-VAL)

Es que aquí hay como muchas formas de conflictos, puede ser entre compañeros o personas que no se conozcan, pero que han hecho algo que a los otros les molesta y pues ya se quieren golpear.

(Estudiante mujer, CCH-SUR)

En 2014, en la Encuesta a Estudiantes de Bachillerato de la UNAM, las y los jóvenes reconocían que la violencia y la inseguridad eran problemáticas presentes en sus escuelas y casi un tercio afirmó haber sido víctima de robo, asalto o agresión dentro del plantel (Pogliaghi, Pérez Islas & Mata Zúñiga, 2015). Sin embargo, dado el contexto general de violencia e inseguridad, la mayoría (79%) consideraba que sus planteles eran seguros. Actualmente, encontramos apreciaciones similares.

Creo que dentro del plantel sí me siento como que más segura, y afuera no tanto.

(Estudiante mujer, CCH-AZC)

e: *Aquí en la escuela, ¿se han llegado a sentir inseguras?*

E1: Dentro, no. Nunca.

E2: No.

e: *¿Afuera?*

E1: Es que la escuela no está situada en una buena zona, está feíto.

E2: O sea, incluso tengo amigos a los que asaltaron cruzando el puente. (...) En el Oxxo, ahí asaltaron mucho el semestre pasado.

E1: De hecho, pusieron como de: "Cuidado, hay un señor...", o sea, sus características, que se para ahí a asaltar.

E2: O, pues, le dispararon a un chico también por la parada del Metrobús. En la pierna. Hace como 6 meses, creo.

(Estudiantes mujeres, CCH-ORI)

Es posible entender el sentimiento de seguridad dentro de la escuela porque fuera las situaciones son peores. La encuesta mostró que más de la mitad de las y los jóvenes fue víctima de alguno de los delitos mencionados fuera del plantel. La problemática sigue presente años después. En las entrevistas y grupos focales realizados en

2019, jóvenes del mismo nivel reconocían que la violencia y la inseguridad son de los problemas más importantes en su vida escolar, quizá no durante su estancia en el plantel, pero ocurren al ir y regresar de estudiar. Por tanto, la violencia es parte de su condición de estudiante y de su experiencia estudiantil.

A pesar de ello, las y los jóvenes estudiantes de la UNAM no se han colocado como víctimas pasivas de sus circunstancias, sino como actores con capacidad de agencia para sortearlas, cuestionarlas y/o revertirlas, bajo ciertas condiciones de posibilidad. En nuestro estudio identificamos acciones individuales, grupales y colectivas que sintetizamos en la Tabla 1. En este punto es importante mencionar que, en el periodo analizado, la inseguridad y la violencia son las problemáticas identificadas como prioritarias o de mayor preocupación por el estudiantado. Cuando hablan de violencia, las y los estudiantes se refieren principalmente a dos formas particulares: la violencia asociada a la inseguridad y la violencia de género, y frente a esas dos es que actúan, ya sea en lo individual, lo grupal o a nivel colectivo.

Tabla 1. Acciones estudiantiles para actuar, resistir y/u oponerse a la violencia

Acciones	Violencia vinculada a inseguridad	Violencia de género
Individuales y/o grupales	Identificación y evasión de zonas de riesgo	Indiferencia (“no pasa nada”)
	Cambio en la movilidad	Evadir al agresor
	Cambio de turno de estudio	Enfrentar al agresor individualmente o en grupo
	No portar valores	Presentación de queja siguiendo Protocolo de Atención de la UNAM
Colectivas	Acciones violentas (autodefensa)	
	Movilización	Organización de colectivos y colectivas
	Paros	Movilización
	Demandas a autoridades universitarias y de gobierno	Denuncias públicas (físicas y en redes sociodigitales)
		Tomas de planteles y paros

Fuente: elaboración propia a partir de información de campo.

Las acciones individuales y grupales tienen por objeto evadir o resistir la violencia, mientras que las acciones colectivas buscan confrontarla o erradicarla. En las primeras, los sujetos reconocen cómo se están manifestando las situaciones de inseguridad y la violencia asociada a ella, lo que les ha llevado a implementar acciones de cuidado de la propia persona o del grupo que pueden sintetizarse en evitar prácticas que pudieran ponerles en riesgo, cambiándolas por otras más seguras.

Dichas acciones se socializan entre pares y son recomendadas por sus padres y madres, autoridades escolares o docentes. Muchas veces estas acciones se realizan en compañía de terceros. De hecho, “no estar solo” o “no estar sola”, es decir, estar con alguien más -aun cuando esta persona también se encuentra expuesta al riesgo y puede ser igual de vulnerable-, disminuye el temor, emoción directamente vinculada a la posibilidad de ser víctima de un delito acompañado de violencia.

En la socialización de las acciones, se aprende cómo moderar el riesgo y la posibilidad de victimización. No se busca la erradicación o minimización de la violencia, sino el cuidado individual y/o de las personas cercanas con quienes se desarrolla la acción. Como las siguientes:

E1: Como no irte solo y también en grupo.

E2: O sea, como que acompañarnos entre todos.

E1: O también pegarte a una bolita que va a ir detrás de ellos.

E2: Porque solo eres más vulnerable.

E1: Vulnerable.

E3: Y también no andar ahí con el teléfono cuando vas en la calle.

(Estudiantes mujeres y estudiante varón, CCH-VAL)

Pues, o sea, sí me siento super insegura por mi casa, pero a veces mi mamá por eso mismo va por mí. Me voy en Metrobús y pues va por mí como a la estación y ya.

(Estudiante mujer, CCH-ORI)

La mayoría de las veces los sujetos articulan las diferentes acciones con el fin de reducir riesgos. Por ejemplo, no sólo caminan en grupo el trayecto de la escuela al transporte que los llevará a su hogar, sino que modifican las calles por las que transitan escogiendo las más iluminadas. En definitiva, estamos ante la lógica de resistir la violencia, evitándola, evadiéndola o tratando de minimizar los riesgos posibles que viven en su condición de jóvenes y estudiantes.

Por otro lado, notamos un pasaje de la acción individual y grupal a la colectiva, vinculado con la identificación que hacen las y los estudiantes de la violencia como un conflicto y no como un evento natural o normal de su vida escolar. Conciben que no debería ocurrir, que la situación debería ser otra y que la violencia en todas sus formas debería erradicarse. Ese pasaje ocurre cuando un acontecimiento es significado como agravio y les hace tomar conciencia, les legitima para organizarse y actuar colectivamente y les brinda argumentos para elaborar y presentar demandas a las autoridades. Los testimonios siguientes nos relatan cómo fue que se llegó a la movilización, y luego al paro y la toma de uno de los planteles de bachillerato de la Universidad:

E1: O sea, no sé si... Es algo difícil de decir, pero no sé si corren con esa suerte de que hay otro problema, por eso como que se escucha más, porque yo creo que si fuera nada más eso [el feminicidio de una estudiante del plantel], no mucha gente levantara la voz, o no le diera tanta importancia. Pero lo de Miranda pasó cuando estaba pasando lo de los porros. Entonces dijeron que, pues, ya era tanta la inseguridad en los planteles, o sea, porque, pues, los porros, de que no hay seguridad camino a casa. Se juntó y le tomaron mucha importancia. (...)

E2: Ajá, después ya fue como una pequeña marcha o manifestación en CU, y fue cuando apuñalaron al chico. Y después todas las escuelas se levantaron, empezaron a decir sus injusticias que, pues, estaban calladas desde hace mucho tiempo, empezaron a poner sus pliegos, y por lo de Miranda.

E1: Pues esa vez fue lo de Miranda.

E2: Y pues, muchas cosas, creo que ya tenían guardados, teníamos guardados. (...)

E1: Ahí como que todo mundo... Pues, es que sí dio coraje, o sea, a mí sí me dio, o sea, vas tranquilo en tu marcha y de repente te apuñalan, te patean y así, y luego el saber que, yo creo que a varios les indignó saber que había fotos de la seguridad en CU que permitió...

(Estudiantes mujeres, CCH-ORI)

Las acciones colectivas estudiantiles contra la violencia en la UNAM buscan no sólo evitarla a través de cambios en la movilidad desde y hacia la escuela o de turno o de plantel, abandono de materias y hasta de los estudios completamente, sino oponérsele con la movilización en demanda por el alto a la violencia (Pogliaghi, Meneses Reyes & López Guerrero, 2020). Estas últimas implican mayor nivel organizativo para realizar asambleas, mítines, paros, movilizaciones, tomas de instalaciones, formar colectivos y colectivas, abrir y mantener páginas en redes sociodigitales, ocupar cubículos, elaborar pliegos petitorios, presentar demandas y apelar a la transformación formal y cultural de la Universidad, como lo han demostrado las acciones colectivas desplegadas de 2018 a 2020.

Si bien la experiencia estudiantil de la violencia es generalizada, la acción colectiva no es desarrollada por todo el estudiantado, sino mantenida por una “minoría activa”. En general, al inicio de la movilización, se da una mayor participación que poco a poco va decreciendo.

Conclusiones

La violencia en la Universidad no es novedosa, pero en los últimos años el estudiantado la ha identificado como problemática importante dentro de su vida escolar y con ello su “desnormalización” y la construcción de acciones individuales, grupales y colectivas para actuar la violencia, resistirla u oponerla.

Las acciones más frecuentemente desplegadas por las y los estudiantes podemos entenderlas como una estrategia de “resistir ante la violencia”, a través de rutinas y prácticas de autocuidado que van ideando y poniendo en práctica cotidianamente. En contextos de violencia se ven trastocados derechos y libertades de movilidad (López Guerrero, 2019), de reunión, de uso y disfrute de los espacios, pero la vida diaria continúa. Por ello, las y los jóvenes estudiantes adoptan rutinas y prácticas de cuidado para establecer “cierto sentido de normalidad y de control en un ambiente definido por su falta de previsibilidad, constituyendo lo que Veena Das denomina una «ética común de cuidado»” (Álvarez & Auyero, 2014, p. 30).

Por un lado, han utilizado las redes sociodigitales para crear páginas que sirven como espacios de consulta, comunicación e intercambio, donde sobresalen denuncias o avisos sobre violencias. Por otro lado, particularmente

las mujeres, comenzaron a organizarse en talleres y colectivas para aprender tácticas de autodefensa frente a la violencia sexual. Además, de manera cotidiana, se organizan entre pares para llegar y salir de sus escuelas con compañía, las mujeres no van solas al baño, mapean informalmente riesgos, organizan sus actividades según los horarios en que sienten mayor seguridad, entre otras acciones.

Sin embargo, a veces la estrategia de “oponerse a la violencia” es la opción. En estos casos, las y los jóvenes estudiantes protestan y se organizan para responder frente a ella. Esto se hizo evidente en la movilización estudiantil que incluyó asambleas, marchas, paros, presentación de pliegos petitorios en 2018, pero que continuó durante los años siguientes con otras acciones colectivas en la mayoría de los planteles de nivel medio superior y superior universitarios.

En las violencias vinculadas a la inseguridad, sobresalen las acciones individuales y grupales encaminadas a evitarlas o sortearlas. El elemento común que tienen estas acciones es que siguen una lógica de cuidado propio y mutuo frente a los riesgos. Procuran escapar a las manifestaciones y formas específicas de violencia interpersonales, visibles, identificables en la vida cotidiana (Bourgois, 2009).

Frente a las expresiones de violencia de género y otras de carácter espectacular, a las acciones de evasión se agregan la organización y movilización colectivas en búsqueda de transformaciones institucionales y estructurales. Persiguen la actuación de otros actores escolares, especialmente de las autoridades para la modificación de la legislación universitaria, los protocolos de atención, las sanciones y el cumplimiento de ellas, así como el cambio en las subjetividades y acciones de toda la comunidad universitaria vía su sensibilización y formación en cuestiones de género.

En ambos casos, las acciones pueden pensarse como “estrategias ‘para seguir adelante’ ante los riesgos” (Álvarez & Auyero, 2014, p. 18), que implican establecer rutinas y un tejido de relaciones para tolerar, superar o responder a las experiencias de violencia. Sin embargo, las lógicas que siguen, objetivos, repertorios de acción y recursos movilizados son disímiles en los dos grupos de acciones. Esto nos plantea la pregunta de por qué y en qué ocasiones las y los jóvenes definen una vía a seguir. Identificamos que la movilización puede estallar luego de experimentar expresiones violentas espectaculares o que, por agraviantes, generan indignación y hartazgo. No obstante, otras violencias cotidianas no conducen a ese tipo de acciones y sería interesante indagar si es que no se ha llegado a un punto de indignación tal que desenlace la acción colectiva o qué otros condicionantes estructurales y subjetivos operan para que no ocurra o se opte por desplegar acciones de resguardo.

Un último punto sobre el que queremos reflexionar. Al analizar la violencia en la experiencia estudiantil debemos considerar dos condicionantes claves. En la violencia vinculada a la inseguridad social, el condicionante esencial es el territorio en que se ubica la escuela y/o la vivienda de los sujetos. Aun cuando en todos los territorios se presentan situaciones de violencia asociadas a la inseguridad, es en las escuelas y domicilios en zonas periféricas y marginadas, con transporte público deficitario, calles poco iluminadas, con alta incidencia de delincuencia, el sentimiento de inseguridad (Kessler, 2009) y las demandas y acciones de autocuidado del estudiantado, es

más frecuente y de mayor intensidad. Respecto de la violencia de género, la condición de género -ser mujer joven- distingue que este tipo de violencia no se presenta en todos los sujetos de igual manera y frecuencia. Esta afirmación puede parecer una obviedad. No obstante, consideramos necesario insistir en esto para poder comprender los motivos de las acciones desplegadas para modificar la situación estructural de desigualdad que se sostiene, entre otras razones, por la violencia de género presente en la experiencia estudiantil de las universitarias. De allí que las violencias experimentadas por las y los estudiantes, no son iguales y no son vividas y significadas de manera uniforme. Dependerá de los condicionantes mencionados, de las diferentes maneras en que les afectan y a las acciones que despliegan para enfrentarlas.

Referencias

- Álvarez, L., & Auyero, J. (2014). "La ropa en el balde". Rutinas y ética popular frente a la violencia en los márgenes urbanos. *Nueva Sociedad*, (251), 17-30. Recuperado de https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4025_1.pdf
- Anderson, E. (2000). *Code of the Street. Decency, violence, and the moral life in the inner city*. Connecticut, Estados Unidos: Yale University.
- Auyero, J., & Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires, Argentina: Katz Editores.
- Bourgois, P. (2009). Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas. En J. López García, S. Bastos, & M. Camus (Eds.), *Guatemala: Violencias desbordadas* (pp. 27-62). Córdoba, España: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid, España: Editorial Complutense.
- Guzmán Gómez, C., & Saucedo Ramos, C. L. (2015). Experiencias, vivencias y sentidos en torno a la escuela y a los estudios. Abordajes desde las perspectivas de alumnos y estudiantes. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 20(67), 1019-1054. Recuperado de <https://www.comie.org.mx/revista/v2018/rmie/index.php/nrmie/article/view/157/157>
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad: Sociología del temor al delito*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- López Guerrero, J. (2019). Derecho Sentido a la Movilidad Libre y Segura en Jóvenes y Mujeres Indígenas. *Revista Direito e Práxis*, 10(2), 1291-1316. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2019/40505>
- Meneses Reyes, M. (2020). La violencia como mecanismo de resolución de conflictos en entornos urbano-populares. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 41(161), 26-46. <https://doi.org/10.24901/rehs.v41i161.693>
- Pogliaghi, L., & Meneses Reyes, M. (2018). ¿Cómo son los jóvenes estudiantes? Una propuesta analítica desde la investigación educativa. *Voces de la educación*, 3(5), 170-178. Recuperado de <https://www.revista.vocesdelaeducacion.com.mx/index.php/voces/article/view/100>
- Pogliaghi, L., Meneses Reyes, M., & Guerrero, J. L. (2020). Movilización estudiantil contra la violencia en la Universidad Nacional Autónoma de México (2018). *Revista de la Educación Superior*, 49(193), 65-82. <https://doi.org/10.36857/resu.2020.193.1036>
- Pogliaghi, L., Pérez Islas, J. A., & Mata Zúñiga, L. A. (2015). La experiencia Estudiantil. Situaciones y percepciones de los estudiantes de bachillerato de la UNAM. Distrito Federal, México: Universidad Nacional Autónoma de México.